

CARRILLO Y SOTOMAYOR, LUIS (CA. 1582/1585-1611)

ÉGLOGAS

ÉGLOGA PRIMERA

En la cual hablan dos pescadores

Dirigida al Conde de Niebla, don Manuel Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, gentilhombre de la Cámara de Su Majestad y su Capitán General de la costa de Andalucía.

CARTA

Dos tiernos pescadores, dos amantes,
dos pechos no igualmente agradecidos,
bien que iguales de amor, dirá mi canto;
dos ecos, cuanto dulces, encendidos,
dos de mil inconstantes bien constantes,
diré ya en dulce voz, ya en dulce llanto.
¡Oh vos, do pudo tanto,
de la cristiana fama
la no vencida llama,
pues, con pecho más fuerte,
que el filo de la muerte,
sacáis la altiva frente victoriosa,
venciendo nuestra suerte
el negro cuello de la envidia odiosa!

Si lugar diere el cuidadoso estado
y su oscura materia no entendida,
en vuestro pecho sólo agasajado,
y si, con fiera vista y encendida,
diere de enojo y de diamante armado
Marte lugar, y si la planta herrada
de la yegua -igualada,
no con el presto viento,
mas con el pensamiento-
no afrentare ya, ausente,
en su carrera ardiente,
al gamo más medroso y más ligero,
ni la diestra valiente
vistiere de su sangre el blanco acero.

Escuchad de mi Musa, cuanto osada,
ante vuestros sitios temerosa,
mil tiernos ecos en su tierno canto;
no cantará la guerra peligrosa,
la campaña, de muertos afeada,
no aquel confuso son y esquivo llanto.
No cantará el espanto
de la trompeta airada,
con la crin erizada
del caballo animoso,
no algún rey polvoroso,
en la sangrienta y áspera batalla,
que evita, temeroso,
mi pacífico son la sangre y malla.

Escuchad cómo empieza en pescadores,
viviendo en agua, a recrecer el fuego
de Amor, que a más que a caña el pecho aspira;
estad atento al resonante juego
de dos tiernas zamponas de amadores,
lamentar su verdad o su mentira.
Mientras blando respira
entre flores el viento,
estad, señor, atento,
y a mi son presuroso
dadle aliento y reposo,
y lugar de que cña, entre los brazos
del laurel victorioso,
vuestra frente mi yedra en verdes lazos.

HABLAN FABIO Y DELIO

DELIO

Mientras es puerto el mar, mientras no llama
la quilla y vela la marea y viento,
que blando abraza una y otra rama,
mientras el brazo, de la caña exento,
los moradores del licor salado
no ceba dulce con doblado intento;
mientras el sol ardiente y levantado,
de aquesta haya nos defiende el cuello,
de sus dorados rayos coronado;
mientras la red en el marino vello
de aquestas peñas se me enjuga, quiero

cantar de mi Belisa el rostro bello;
Belisa, aquella por quien vivo y muero.
¡Ayudad montes, ayudad corrientes,
con eco a mi zampona lisonjero!
Vosotros robles, que con altas frentes
cantáis al sol beldad de las estrellas,
cuando salen más claras y lucientes;
vosotras aguas, que a las frentes bellas
del cazador y cazadora hermanos,
espejo y luna sois, do podrán vellas:
vosotros me ayudad a mis tiranos
ojos ¿cuál vez mirastes, suelo hermoso,
besando nieve de sus pies y manos?
Tú, soto y playa, tú de mi amoroso
fuego di la razón, si acrecentado
de su cristal fue el tuyo bullicioso:
¿qué risueño te vi, cuando, abrazado,
dabas mil besos a su planta tierna,
cristal ardiente entonces, y no helado!
Cuando el dorado carro el sol gobierna,
monte, dímelo tú, ¿va tan gallardo,
bien que ceñido de su luz eterna?
Y cuando, con nadar lascivo y tardo,
divide Galatea de tu frente
el velo, en pardo día, también pardo,
mar, ¿tan gallarda va, tan reluciente,
cual la miraste tú, Tetis, si abraza
del claro cielo aquel divino ausente?
Mas pare el canto, mientras Fabio abraza
del largo barco en la fornida peña
el grueso cabo que forzado enlaza.
¡Oh, Fabio, bienvenido!

FABIO

¡Oh, Delio!, empeña
mi palabra mi fe, que, aunque te he hallado,
piensa que duerme, que, aunque te habla, sueña.
Tú, en cualquier dulce sombra recostado,
haces resuene el monte tu Belisa,
Belisa entone el monte, el llano, el prado.
Ya de las fuentes la amigable risa
süave paras con tu dulce acento,
que con el cielo por divino frisa.
Y ¿quién duda, envidioso, el manso viento,
siendo instrumento suyo aquestas hayas,
siga, tierno también, tú tierno intento?

Aquí tu fira, aquí tu canto ensayas,
risueño a dicha tuya, y tejes flores
a tu Belisa, cuando a vella vayas.
Sufro yugo cruel de mis amores,
pago tributo en ronca voz y en llanto,
a mi suerte, a mi Celia, a mis dolores.
Tanto su olvido puede, mi fe tanto,
tanto su olvido y mi dolor me sigue,
que, si me ves cantar, lloro si canto,
tanto Celia y su olvido me persigue.
Mas, pues descansa el brazo de la caña,
no descansa tu lira.

DELIO

Y tú prosigue.

FABIO

Yo el viento creceré.

DELIO

Yo, el mar de España.

FABIO

Yo con suspiros por mi bien ausente.

DELIO

Yo con el agua que mi rostro baña.

FABIO

Empiezo, amado ausente.

DELIO

Yo, presente,
triste proseguiré cual despreciado.

FABIO

Tú el viento detendrás.

DELIO

Tú, la corriente.

CANTO DE FABIO Y DELIO

FABIO

Roba el sereno cielo

al temeroso marinero airado,
del mar el ancho velo,
en iras de algún viento, tan osado,
que a las mismas estrellas
apagan sus espumas las centellas.

La más vecina frente
del monte que más alto se levanta,
se le inclina obediente:
tal es su imperio, airado, y furia tanta;
y, despreciando al suelo,
parece, airado, que se bebe el cielo.

Ya la afligida nave
-de miedo, muerte y de sus olas llena-
en él mismo no cabe;
y, tanto el viento y mar se desenfrena,
que puede, levantada,
quedarse con las nubes abrazada.

Lloran los marineros
confirmando sus lágrimas sus votos;
abrazan los maderos
-desprecio un tiempo al mar y ya dél rotos-
al escuchar que gime
airado en ver que aún el bajel oprime.

¿No está soberbio, airado,
el mar, con suelo y cielo embravecido?
Pues burla es, comparado
a Celia, ¡ah dueño ingrato, tan querido!
a tu eterna aspereza,
extrema en ti también cual tu belleza.

DELIO

Pequeño infante y tierno,
sale, triunfando de la noche oscura
y del prolijo invierno,
ceñido el claro sol de su luz pura,
ofreciendo, obedientes,
perlas los prados y cristal las fuentes.

Desata placentero,
en nombre y con librea de algún prado,
el eco lisonjero;
y ofrece el ruiñón a su dorado

rostro y sienes hermosas,
abrazadas de aljófares, las rosas.

El monte, que juzgaba
los secretos del mar con alta frente,
las lenguas que ocupaba
en lamentar la noche -el claro Oriente
vuelto- cantan sus hojas
entre sus alabanzas sus congojas.

Envidiosas las aves,
siéndole su hermosura envidia al suelo,
con mil ecos süaves
coronan de alabanzas sol y cielo;
y sus varios colores
hacen dudar al sol si cantan flores.

Corona el sol la tierra,
y ella, reina y mujer engrandecida,
su claro rostro encierra,
en cortinas de flores escondida,
pues su beldad y dfa
es sombra de tu luz, Belisa mía.

FABIO

Hórrido, seco, calvo, y los cabellos
que tiene canos, el Invierno, triste,
granizo, escarcha viste,
ladrón esquivo de mil verdes cuellos,
y, armado de su hielo,
horas le roba al día y yerba al suelo.

Corre el ligero río, aún no alcanzado
-si a veces lo intentó- del pensamiento;
corrió ya soñoliento
(que tal parece), de quien fue olvidado,
y, usurpado del frío,
más espejo al sol que no al mar río.

Manso soplaba ya, manso volaba,
ejemplo de blandura, el manso viento;
ya, furioso y exento,
con sus fuertes hermanos guerra traba,
y, a quien dio ayer abrazos,
hoy, roto, gime entre sus fuertes brazos.

Ayer, dorada, la región hermosa
del aire, dio calor a la hermosura;
el agua, mansa y pura,
¡qué de veces rió, blanda, amorosa!
y, ausente su alegría,
el aire brama, gime el agua fría.

Terrible es el invierno, rodeado
de nieve y de granizo pecho y frente.
¡Ay, cuánto es diferente
su hielo, oh Celia, al de su pecho helado!
Su hielo ablanda el cielo,
mas no mi fuego ni su sol tu hielo.

DELIO

Desátase risueño y ya murmura,
de su cárcel helada el arroyuelo;
temeroso del hielo,
hasta parar al mar no se asegura,
y con brazos de plata,
los prados de esmeralda ciñe y ata.

Los árboles gallardos, que mostraban
canas de nieve las humildes frentes,
ya en todo diferentes,
las verdes copas en el cielo clavan,
tan altas que en su esfera
a la Aurora estorbaban la carrera.

Los campos, de mil flores recamados,
no envidian las estrellas a los cielos,
y ellos, vistiendo celos,
mirándolos cual reyes coronados,
a sus claras estrellas
para abrasallos piden sus centellas.

El amoroso viento enamorado
-que aún no es exento del amor el viento-
dice su pensamiento,
siendo su lengua, al monte, el verde prado;
y, como su bien traza,
besa a sus flores y su yerba abraza.

¿No es, ¡oh Fabio!, divino, di, a tus ojos,
el verano, en sus flores escondido?
Pues burla es, cual lo ha sido,

comparado a quien cuelgo mis despojos
en su divino templo,
envidia de hermosura, de fe ejemplo.

Esto Delio cantó, y esto, amoroso,
Fabio le respondió. Y el cristalino
seno del mar gozó a su son reposo;
son, por sujetos y por voz, divino.
Mas, llamados del tiempo presuroso,
en sus ligeros barcos el marino
cristal rompieron con los largos remos,
ciñéndose de espumas sus extremos.

ÉGLOGA SEGUNDA

En la cual hablan Mopso y Fabio

Musas, no lo podemos todos todo.
La lira querelosa
-dulce, bien si quejosa-,
cantad, que os acordáis, cantad quejoso,
¡oh Fabio; Mopso, con razón dichoso!
¡Ay, cual robó su acento
reír a fuentes, murmurar al viento!

¡Oh, tú!, desate ya la docta mano,
de algún piadoso o fuerte,
del alto olvido y muerte,
con tu pluma su nombre, o ya, abrazado,
midas, con el pesar del hondo estado,
causas, porque te cuadre
cual de la patria, Apolo, ser el padre:

escucha, y con razón podrás atento,
a Fabio lamentarse,
a Fabio querellarse;
a Laura de su pena y mal reírse,
rendir a Fabio, a Mopso al fin rendirse.
Y, pues me oyes, y dejas
la pluma, éste es su mal, éstas sus quejas.

FABIO

Ven, que aguardas en vano,
¡oh lucero gentil!, la blanca aurora,

pues a Pirois lozano,
que con su cana espuma lo desdora,
niega el freno la hora;
sal, llorarás Leandros mis dos ojos
en el amargo mar de mis enojos.

Y tú que en tus cristales
a veces, Betis claro, caudaloso
vas por ajenos males:
oye los míos, ten el presuroso
paso, gozo reposo,
mientras mi mal mi voz tierna dilata,
igual portento de tu blanca plata.

¡Que a Laura Mopso lleve!
¿Qué no intentáis, qué no esperáis, amantes?
Veremos sol y nieve
en calidad y efectos semejantes,
los tigres arrogantes
al leve ciervo temerán, espero,
pues vi la causa por quien peno y muero.

Miréte, ¡ay, yerro triste!,
perdíme, ¡ay, mayor yerro!, por mirarte;
las flores que cogiste
envidié: podrán ellas envidiarte;
sé qué es amar, de amarte;
y sé qué es padecer, pues sé qué es verte;
y, pues me olvidas, Laura, sé qué es muerte.

Garamante naciste,
naciste, ¡oh duro amor!, del Escita helado;
pecho helado vestiste,
no de risueño cielo y sol templado.
¡Oh, Amor, oh mar airado,
obra mejor sin duda de tu padre,
que parto eterno de tu tierna madre!

¿Quién enseñó, engañoso,
manchas sangrientas, en materna mano,
del hijuelo lloroso?
Tú, Amor. ¿Quién sino tú? ¿Quién con lozano
joven honró el verano,
vuelto caduca flor? ¿Quién pudo, en suma,
trocar el duro rayo en blanda pluma?

Tú robaste a mi día
el Sol, pues me robaste a Laura bella,
que llegó, Amor, el día,
¡oh Mopso!, que en tus brazos llegue a vella.
Mas ¿de qué es mi querella
si cuanto quieres es de razón justo,
pues eres Rey, Amor, y es ley tu gusto?

MOPSO

Roba a la risa desta clara fuente,
¡oh Celio!, parte della en sus cristales.
Robe en su mal mis males,
este tierno cordero, este inocente,
pueda su sangre pura
lo que niega a mis ojos mi ventura.

El llanto tierno de la tierna amante
desata en estas llamas presuroso,
dejará así, lloroso,
de lo que un tiempo se juzgó arrogante.
Beba el cielo y estrellas,
entre tu sacro humo, mis querellas.

Mientras la dura madre destas aguas
-rudo, un tiempo, pastor- filo bastante
da al cuchillo arrogante,
ministro tuyo, ¡oh tú que al pecho fraguas
eterno y duro fuego!,
dando su frío calidad al ruego,

viudas de aquel laurel, aquellas ramas
haz que corone, ¡oh Celio! -presuroso,
más que suele brioso-,
aqueste fuego con doradas llamas,
que ya el cuchillo agudo
de sangre visto, de piedad desnudo.

Mas, ¡ay, dichoso agüero! (así lo sea).
¡No os neguéis a mi dicha, llamas bellas!
¡Creced rayos a estrellas,
que alguna, si os envidia, lo desea!
¡Dejad os robe el viento,
por oro y ámbar, el color y aliento!

También, ¡dicha mayor!, Melampo osado
rompió el silencio del portal, temido.

Mas ya, ¡oh dueño querido!,
el agüero tu vista ha confirmado.
¡Viva, Celio, el cordero!:
no agravie su color el blanco acero.

Este tierno mirar, estos abrazos,
la sangre excuse del cordero tierno,
aqueste mar eterno;
valgan, por ser de Laura, aquestos lazos;
séate Amor propicio:
alma, no sangre, ofrezco en sacrificio.